

Yesid

Esperando una casa



Mi nombre es Yesid, tengo 35 años. Nací y crecí en Villavicencio. He estado algunos años fuera de Villavo, nueve en el Vichada, dos o tres en Bogotá, algún tiempo en Cartago y en Quindío unos cuatro años. Mi niñez parecía definida como la Biblia dice: con el sino del "pecado original", porque mi vida no fue como la de todos los niños. Desde que nací siempre hubo muchas familias y personas que me cuidaban, nunca viví en mi propio espacio y mi cama era un guacal o cualquier rincón donde mi cuerpo cayera... Mi mamá no siempre me pudo cuidar, le tocaba trabajar y tuvo algunos

problemas legales y me dejaba al "cuidado" de algunos amigos. No es por echarme flores, pero decían que yo era muy lindo, "divino" dice mi mamá: era blanco, zarco, de ojos verdes. Muchas personas que me cuidaban quisieron apoderarse de mí. Además, como mi mamá trabajaba en zona, roja pues le quedaba difícil cuidarme y la familia por parte de mi papá era lo mismo. Siempre estuve un tiempo aquí y un tiempo allá, no tuve estabilidad, tengo recuerdos, muchos distorsionados. No me acuerdo en qué fechas pasaron las cosas, pero me acuerdo, y algunos son memorias de cosas malas. A veces me acuerdo más de las cosas malas que de las cosas buenas. Cuando mi mamá dejó de viajar tanto, ya pudimos estar juntos, me fui a vivir con mi mamá y con mis hermanos. Nosotros somos cuatro pero mi hermano mayor siempre ha tenido una familia; él estuvo con mi abuela, la mamá de mi papá, quien desde el principio, cuando nació, se lo llevó y él hasta ahora siempre ha tenido una familia. Mi otro hermano es nueve años menor que yo, siempre ha estado con mi mamá, no se le ha despegado nunca ni un minuto. A mi hermana menor la dieron en adopción para que tuviera mejores oportunidades que nosotros, pero qué va, parece que la mala suerte nos persigue y hoy está llena de problemas.

Yo empiezo a tener memoria desde los cinco años y me acuerdo de que ahí empecé a tener mis primeros contactos homosexuales. Tenía una relación con un primo hasta que me vine de donde mi abuela. Me acuerdo, es uno de los malos recuerdos, en esa época una persona mucho mayor que yo me violó y yo no sé si eso fue causa de que me gustaran los hombres y esas experiencias, lo que sé es que está mal lo que él hizo, porque era mucho mayor

que yo. Tuve una adolescencia rebelde, como todos los muchachos. En esa época mi mamá y yo nos fuimos para Ciudad Porfía y lo invadimos, mi mamá siempre ha sido muy camelladora y echada pa'lante como buena rola. Mi mamá echaba machete, raspaba coca... a ella siempre le gustó el trabajo pesado. A Porfía llegaron los paramilitares armados y le dijeron que ese lote era de ellos y que se lo entregábamos por las buenas o por las malas. Mi mamá ya tenía algo construido, porque era muy trabajadora, pero prefirió que nos fuéramos de ahí. Esa fue la primera vez que intentamos tener una casa, realizar un hogar propio y no se pudo. Después de eso tuvimos un tiempo complicado, las cosas empezaron a salir mal, ya no había ni para comer y a mi mamá la empezaron a llamar del colegio — yo estaba en primero— porque yo me portaba mal...

A mi mamá le tocó volver a la zona roja, porque ya no podíamos más, y me dejó al cuidado de una señora que me ayudó y pude terminar primero de primaria. Luego de eso me mandaron para donde mi abuela y ahí seguí hasta el cuarto de primaria, pero no quise estudiar más y mi abuela me dejó. Luego oí los consejos de la gente y decidí volver a la escuela para al menos terminar el quinto, pero cuando le dije a mi abuela ella ya no quiso y se negó. Y me quedé sin terminar la primaria y no volví a estudiar nunca más.

Mientras viví con mi abuela estaba como en una cárcel, no me dejaba salir ni hacer nada y me daba unas muendas terribles. Creo que ella se divertía tratándome así, la verdad, yo no tengo nada que agradecerle a esa señora... y yo me cansé y me fui otra vez para donde mi mamá,

que ya estaba viviendo con otro señor que era muy amable, pero por cosas de ellos él se fue. Con el tiempo le hice una embarrada a mi mamá que más tarde me traería consecuencias. Como a los 12 años tuve mi primera relación sexual consensuada con un señor que por cosas de la vida terminó contándole a mi mamá que yo era homosexual. Mi mamá no me determinaba y eso era muy duro. Pero un día viendo un programa de televisión, "Laura en América", que trataba del tema de los hijos homosexuales, ella decidió perdonarme y me dijo que pues no había nada que hacer, sin embargo, se volvió sobreprotectora porque no me dejaba hablar con nadie ni me aceptaba amigos ni nada. Por fin pude tener un novio que era muy detallista. Una vez mi hermano se metió con las cosas que el novio me regalaba, y yo las cuidaba, y me pegué un agarrón grande con mi hermano y mi mamá me echó de la casa. Me fui a trabajar de platero en un restaurante y allá llegué mi mamá con las cosas a armarme un tremendo escandalo porque por ese entonces mi mamá no conocía el límite de la vergüenza y me dejó las cosas en un bulto. La señora del restaurante me dijo que no me preocupara, que ella me daba posada, que ella tenía un asadero donde podía vivir. Sin embargo, no me imaginaba lo que iba a vivir, uno sale de Guatemala y se mete a Guatepeor.

Me tocaba trabajar en el asadero por la dormida, ni siquiera por la comida, afortunadamente las cocineras se daban cuenta de que la señora no me daba de comer y me escondían comida en la casa y me decían dónde la ponían y así yo podía comer. Sin embargo, por cosas que hacía la señora, y que yo no compartía, ella me echó. Me fui para Villa Julia y allí seguí el consejo

de una travesti y me prostituí, porque lo vi fácil, aunque en realidad eso no era tan fácil. Alguien me dijo que fuera al ICBF de Villavicencio; fui a hacer los papeles y cuando le dije a la psicóloga que era gay, ella se paró y se fue, me dijo que la esperara en la oficina, pero nunca volvió y ya en la noche el celador me sacó... Volví a donde la familia de mi papá, pero allá tampoco me ayudaron. De hecho, mi papá hoy está bien pero nunca me ha dicho que me da una herencia de nada, ni de cien mil pesos...

Con ese panorama no me quedaba otra opción que volver para Villa Julia y aguantarme los borrachos y prostituirme. Nunca me imaginé que esa sería mi vida, tener que tomar para poder acostarme con esos manes... ¡Eso es muy duro! Todo el mundo me dio la espalda y me quedé sin opciones. Hasta que un travesti me ayudó y me llevó a vivir con él, por debajo de cuerda, porque yo era menor de edad. Un rival suyo se enteró y le echó la policía, le cerraron el negocio y a mí me tocó salir otra vez a la calle. Cada vez que encontraba algo para salir de la prostitución el destino no me dejaba, estaba predestinado a esa vida.

La gente me hablaba de Bogotá y me decían que allá la prostitución era más sana. Muchas veces era tanto mi desespero que pensé en quitarme la vida, en tirarme de un puente o alguna cosa; y mi mamá estaba por allá en el Vichada. Entonces me decidí y un viernes por la tarde agarré para Bogotá. Tenía 14 años, y me fui a pie... parece increíble pero me fui a pie por la vía vieja, con ese frío tan terrible y esa hambre. Me encontré con un grupo de soldados, me preguntaron si yo era homosexual y yo les dije que sí. Todos

me miraron con ganas de devorarme, con esa cara de caníbales, y yo me les volé porque no iba a dejar que me hicieran nada... eso y el frío fue lo único malo del viaje. Y como la guerrilla estaba parando gente y quemando carros, nadie quiso llevarme a dedo; pero me dio por seducir a un conductor de camión para que me llevara, el hombre me siguió la cuerda, luego se arrepintió y me dijo que no, que él me llevaba a Bogotá sin problema. Cuando llegamos me dijo bájese y me dejó en Santa Librada, me dio ocho mil pesos y siguió su camino. Me vine un miércoles en la noche y llegué un viernes por la tarde.

Llegué a Bogotá y me pareció fácil buscar una amistad; yo no sabía que era tan grande la ciudad. Busqué en la comunidad gay de por ahí, que era mucha, y empecé a preguntar por una travesti que conocía. En una peluquería me dijeron sí, es en tal lado y yo me emocioné porque pensé que estaba cambiando mi suerte; sin embargo, fui allá y la pregunté y aunque se llamaba igual no era la que yo buscaba. Me desilusioné y me preguntaba qué iba a hacer porque si no me mataba el hambre me mataba el frío, me había ido en pantaloneta, tenía un buzo, un bolso y unos zapatos, ese era todo mi trasteo. Yo le dije a ella que gracias pero que no era a quien estaba buscando y me fui. Tal vez fue la intuición de la travesti o de la señora que estaba atendiendo pero las dos salieron a buscarme y me preguntaron que si yo era de ahí... creo que se me notaba que venía de otra parte. Me invitaron a pasar a la peluquería y les conté por encimita y quedaron aterradas, yo les conté lo que venía a hacer a Bogotá y que no tenía más recursos ni como sobrevivir, entonces me tocaba prostituirme otra

vez. La señora se fue y volvió con ropa y me la regaló.

La travesti me dijo que fuera a una residencia y me indicó cómo llegar y que le dijera al dueño que iba de parte de ella para que me dieran una pieza y que ya mañana veíamos que hacíamos. Yo hice eso y me fui para allá. Los dueños eran una familia de evangélicos, la señora era como endemoniada, a pesar de ser evangélica, el señor y el hijo eran muy amables. Me dijeron que siguiera y escogiera habitación, a mí me dio pena meterme en un cuarto limpio y esperé a que saliera una pareja y me metí ahí; no fue sino poner la cabeza en la cama y ya me estaba quedando dormido cuando escuché unos murmullos y un eco de abajo hacia arriba que decían de lejos algo sobre el muchacho que venía de Villavicencio. Cuando salí de la pieza ahí estaba el señor y me sacó la Biblia, me dio el sermón de lo del pecado, que lo de la homosexualidad, que Sodoma y Gomorra y todo eso. Me dijo que si yo decidía dejar esa vida de pecado, ellos me ayudaban. Pero yo me negué, aunque habría sido la oportunidad de dejar esa vida, yo no sabía tomar decisiones y no tenía cómo saber qué era lo malo y qué era lo bueno. Si les hubiera hecho caso la historia sería otra y no me hubiera pasado todo lo que me pasó. Igual yo me negué y ellos respetaron mi decisión, me dieron cena y me dejaron quedarme a dormir. Al otro día me fui temprano a buscar a la travesti, había quedado con ella pero cuando llegué ella no estaba y me fui para la panadería. Allá una de las muchachas me preguntó que yo donde estaba que la gente me había escuchado el cuento el día anterior y me habían traído ropa, comida y plata, porque se compadecieron de mí, pero cuando llegaron yo ya no estaba. Así es la vida.

La travesti me transformó y me mandó para el Centro, a la 19 con 4ª; me mandó vestida con minifalda, maquillada y todo y así me subió a la buseta. Yo nunca me había transformado así, yo siempre andaba de chico y solo me cambiaba para lo que tenía que hacer y ya, pero la travesti me dijo que eso en Bogotá era normal, por supuesto que no era normal, todo el mundo me miraba de arriba a abajo y nadie me ayudaba con la dirección. Yo me bajé donde me dijeron, no era el sitio y estaba perdido. Me acerqué a un obrero y me dijo que me habían hecho la maldad, me indicó cómo llegar, estaba bastante lejos. Me cambié a chico otra vez, me quité el maquillaje y seguí mi camino. En Bogotá me dio vergüenza transformarme, algo que no había sentido nunca en Villavicencio. Finalmente llegué y una de las trabajadoras sexuales me llevó al lugar donde trabajaban las trans, pero no me sentí a gusto porque eran todas operadas; una me llevó donde una señora que tenía una residencia, me alquiló una habitación y allí empecé a trabajar, a veces como trans todo el tiempo y a veces no. Duré un tiempo trabajando así, hasta que conocí a un señor mayor que fue al negocio, me conoció y se me declaró. Hicimos vida juntos, eso es un decir porque él vivía por el norte y cuando venía me buscaba y estábamos juntos; terminé con el señor y después me llegó una mala racha, no producía lo mismo. Por ese tiempo pasaban unas muchachas haciendo propaganda para hacer examen de VIH, serología y todo gratis; yo nunca fui, pero supe de la Fundación Renacer. Yo por ese entonces era muy loco, con unos sí me cuidaba y con otros no; lógicamente que en el negocio sí porque era de ley, pero cuando podía me descarriaba.

Un día tomé la decisión de buscar la Fundación porque pensé que de pronto esa era mi oportunidad de dejar esa vida y me quedé de una vez en un hogar de paso. Allí duré dos años, me fue bien, era cerquita al barrio Santafé. Una vez me volé, no para hacer nada malo sino para estar solo, porque a mí me ha gustado estar solo y callado, entonces en una salida al parque Simón Bolívar me quedé allá, me distraje, me aclaré la mente y me fui caminando de vuelta. La profesora que me recibió me dijo que si volvía a hacer eso me tocaba irme, ella creyó que estaba en vicios, porque muchas personas allá venían de vicios de toda clase, pero yo nunca tuve vicios ni nada de eso, aunque la profesora no me creyó, yo sabía que no era así. En ese entonces la Fundación Renacer era la única que trabajaba con población LGBTI, para qué pero la pasé bueno, si yo me hubiera quedado allí hubiera tenido muchas oportunidades, incluso de ir al extranjero.

Por medio de ellos pude contactarme con mi madre, porque un día pude llamar a la casa de mi papá a ver si ya se les había ablandado el corazón, pero no. Sin embargo una tía me dio la dirección de mi mamá y la Fundación hizo el deber de buscarla y mi mamá apareció y dijo que venía a buscarme; pero allí le dijeron que eso no era así, que eso se demoraba porque yo ya estaba en manos de Bienestar Familiar. Eso fue en Bogotá, porque en el Meta a los chicos LGBT no los ayudan. Mi mamá llegó y me pidió perdón e hicimos un plan para volarme. Yo ya no estaba en el hogar de paso sino en el permanente con solo niños y ahí me volé. Volví tiempo después, de visita, cuando volví me pegué una llorada tremenda porque había un cuadro en la oficina de la dirección con los

muchachos que ya eran profesionales, y yo pensaba que si no me hubiera volado yo también hubiera podido ser profesional. Mi idea era estudiar porque allá había educación para el trabajo, pero había que cumplir unos requisitos y no alcancé, aunque aprendí a ser ayudante de cocina. Aprendí clases normales de matemáticas y de leer; eran clases muy dinámicas. Pero, bueno, me escapé... me fui a pie de Los Mártires a Bosa y a donde la familia de mi mamá.

Pasó el tiempo y mi mamá le tocaba volver al Vichada y yo me devolví con ella. Cuando llegué a Villavicencio me tocó cortarme el pelo, "la melena", cuando llegué a Puerto Príncipe, en el Vichada, eso fue en el 99, había un operativo militar grande en el que cogieron a mucha gente. En ese momento no había guerrilla, duré un tiempo ahí, nos toco cuidar una casa, yo no sé de quién era. Mi mamá tenía un puesto de comidas rápidas al pie de una discoteca y una noche llegaron cuatro soldados jovencitos a coquetearle a mi mamá; para ella eran unos niños. Mi mamá decidió que esa noche no íbamos a la casa y cuando fuimos al otro día vimos que la habían abierto y la habían desordenado. Esa noche los soldados volvieron pero a amenazar a mi mamá, porque no la habían encontrado en la casa; mi mamá tomó la iniciativa de sacar una pieza en arriendo y guardar todo lo que había en la casa; por allá no volvimos. Una noche, antes de que se fueran los soldados, llegó un señor, que era infiltrado de la guerrilla, a hablar conmigo y me preguntó si yo era gay, yo le dije que sí, y él me dijo que ellos no se metían con eso siempre y cuando me supiera comportar, que no hiciera bochinche ni escándalo, que hiciera las cosas bien y que ahí podría vivir sabroso; me pagó la empanada y se fue. Al otro

día nos levantó el escándalo. El Ejército, antes de irse, había quemado una casa, aunque siempre fue un misterio si fue el Ejército o los infiltrados de la guerrilla. Ahí vi todas las tragedias que vivían las personas en esos pueblos. Por ese tiempo, un concejal hizo un censo para escoger las personas más vulnerables y darles una casa, eran como 20 casas, hubo reuniones y de todo y a mi mamá le dieron una de las casas. Luego se fue el Ejército y el concejal también, llegó la guerrilla y tomó autoridad sobre las casas y empezó a sacar a la gente. Y sacaron a mi mamá. La guerrilla se quedó con esas casas y fue la segunda vivienda imposible para nosotros.

Ellos no se metían con nosotros, la población LGBTI, cada uno estaba en su mundo haciendo sus cosas, yo trabajaba de todo, con las comidas, haciendo limpieza en los restaurantes, lavando la ropa a las trabajadoras sexuales que como ganaban tan bueno les daba pereza lavar y mi mamá y yo lavábamos, reciclábamos, vendíamos mazamorra, nos rebuscábamos. A mí me gustaba hacer trabajos en que me tocara internarme en la selva; cuando no tenía nada que hacer me iba a pescar y podía estar solo y callado. Y nos iba muy bien. El problema fue que no supimos administrar, mucha gente llegó con un propósito, con una idea fija, como estudiar o tener su casa, y lo lograron. Nosotros no supimos administrar.

La relación con mi mamá era difícil. Nunca pude hacer futuro. Quién sabe cómo hubiera sido si mi mamá me hubiera dejado hacer futuro. A mí me pagaban, yo le daba toda la plata a mi mamá y le pedía que me comprara solo lo necesario. Si yo hubiera ahorrado todo lo que trabajé, creo que hoy tendría casa. Con mi mamá peleábamos mucho

y en eso conocí una señora que era dizque miliciana de la guerrilla y con ella me fui para Cartago; estuve por allá dos años y ella me dejó botado con sus familiares. En esa casa no estaban de acuerdo con la homosexualidad, sin embargo, a mí me respetaban. Yo me quedé en esa casa y me volví la mano derecha de una señora, que era la abuela y yo la ayudaba con todo, menos con cocinar. Allá me fue bien pero me aburrí y me fui porque por allá en Cartago los gay no podíamos juntarnos a charlar o salir y andar. Entonces decidí irme para Bogotá otra vez y duré como un año. Allí llegué desubicado, duré un tiempo y conocí un señor que tenía 35 años, yo tenía 19, él tenía matrimonio y todo, pero esas son las locuras que uno hace en la vida. En Cartago aprendí a bordar y eso me ayudó a pagar mis cosas. Con él planeamos hacer vida juntos, pero cuando nos íbamos a vivir me dio la mamitis y me fui otra vez para el Vichada.

Cuando volví la cosa estaba color de hormiga. Al pueblo llegaron dos señores de la población LGBTI y tenían el pueblo patas arriba, pusieron discotecas, buscaron trabajadoras sexuales, y a ellos no les importaba nada. Me di cuenta de que ellos nos hicieron mucho mal, porque en lugar referirse a ellos dos, todos señalaban a la población LGBTI, antes nosotros ni nos sentíamos y ahora todos los días había escándalo. Volví a trabajar y una noche que salí a tomar con unas amigas, me encontré con un miliciano de las FARC que me hizo una propuesta sexual y yo me negué, le dije que no. No me gustó la forma en que él me habló, porque era como obligado y yo no quise. Así que sin quererlo me hice a mi propio enemigo.

Me puse como una garra y me eché de enemigo a otro miliciano que me la montó. Una vez ellos tenían su reunión de varios frentes y él le dijo al comandante y me envió unos manes que me dijeron cuanto quisieron, que yo traía enfermedades al pueblo y otras cosas. Ese comandante mandó a hacer brigadas de salud al pueblo y que le hicieran exámenes a las mujeres porque había mucho Sida, y a mí me mandaron ir a hacerme los exámenes; yo me negué y mi mamá también, pero nos amenazaron. Si no lo hacíamos, nos tocaba irnos y para donde nos íbamos a ir. Entonces me hice los exámenes y luego ese miedo de recibir los resultados, al final, afortunadamente, salieron bien. Le conté a mi mamá pero ella ya sabía; porque el comandante, a quien le mandaban el resultado de los exámenes antes que a uno, le había dejado saber. Esa fue la primera vez que me hice una prueba de VIH.

Conocí a un chico y nos enamoramos, decidimos que queríamos vivir juntos y formalizar, queríamos hacer el ranchito. Él empezó a conseguir el lote para hacer la casita de nosotros, pero se enteró la guerrilla y me dijeron que eso no podía ser, que no nos permitían una relación. No tanto por homosexuales sino porque a él lo estaban investigando por paramilitar, eso no era cierto, fue lo que se inventó la guerrilla para no dejarnos estar juntos. A mí me tocó no estar más con él y cuando él intentaba acercarse la guerrilla no lo dejaba; ahí se fueron los sueños de hacer un hogar y tener un marido. Tercera vez que no pude tener casita.

Yo administraba una tienda y un negocio de videojuegos cuando llegó el rumor de que a los de la población

diversa nos iban a sacar; le dije a mi mamá que investigara pero como solo era rumor pues preferimos no preguntar. En eso el miliciano con el que yo no había querido nada me mandó cuatro personas a la casa: me acuerdo que era una noche de luna llena y yo podía verlos, eran dos personas bajitas, uno alto y uno mediano. Yo les abrí la puerta y ellos hicieron lo que se les dio la gana conmigo. Uno de ellos, que por el acento era como guajiro, mencionó al miliciano. Yo asumí que como no quise acceder a sus peticiones, él mandó a los otros cuatro; me violaron y eso quedó así porque uno a quién acude, si ellos mismos son los que mandan.

Un tiempo después vinieron a buscarme. Una tarde un miliciano llegó a donde yo trabajaba, me preguntó si yo era tal persona, yo le dije que sí. Me dijo que tenía media hora para irme del pueblo, yo le pregunté que por qué, me dijo que era una orden y que si no la cumplía me atecía a las consecuencias. Mi mamá se les arrodilló y les rogó pero no hubo poder humano, sacaron a toda la población LGBTI del pueblo, hasta los que tenían sus finquitas bien adentro los fueron a buscar y los sacaron, así, sin nada. La vida es tan injusta que a los únicos que les avisaron que nos iban a sacar fue a los que causaban problemas para que pudieran vender algo y organizar sus cosas. Me vine para la ciudad, para Villavicencio.

En Villavicencio una amiga tenía que hacerse el examen de VIH y me invitó a ir con ella para que de una vez yo me hiciera el examen, me lo hice, con la desgracia de que salió positivo. Fui muchas veces a buscar al médico y al bacteriólogo y nunca los encontré. Yo hice mi proceso de registro para víctimas e hice los talleres con la

Pastoral Social. Mi mamá se enfermó y me tocaba llevarle unos papeles que se necesitaban urgente, avisé y me dijeron en Víctimas que no me preocupara, que al volver continuar podía continuar con el proceso, me fui para el pueblo a escondidas, cuando mi mamá me vio se mejoró de inmediato y me pidió que no me fuera; así que me quedé. Luego de un tiempo la guerrilla se dio cuenta de que yo estaba; y aunque la gente intercedió por mí, no me dejaron quedarme. Nos tocó irnos, con mi mamá y mi hermano, a escondernos en la finca de una señora que ayudaba y protegía a las personas. En eso estuvimos dos años; la guerrilla nos buscó para deshacerse de mí, pero nunca me encontraron. Dicen que a la dueña de la finca le preguntaron si nos tenía resguardados y ella dijo que sí, que fueran a buscarnos, sin embargo allá nunca llegaron. Dicen que cuando intentaban llegar se perdían o no encontraban la entrada; yo no sé si eso es cierto, pero nunca me encontraron. La señora nos dijo que estaban muy insistentes y nos mandó a una finca todavía más adentro y ahí me di cuenta de que ella ayudaba a mucha gente que estaba en la misma situación de nosotros por diferentes motivos; la señora nos visitaba cada dos semanas, hacía sus rezos y cosas, mentira o verdad, ¿quién sabe? Lo cierto es que nunca llegó la guerrilla. Ella nos dijo que si queríamos nos podíamos ir de la finca, pero que no volviéramos al pueblo. Antes de que nos desplazaran, mi mamá tenía un lote y había empezado a construir una casa, pero vendió todo el material y el lote se lo robó la guerrilla cuando salimos corriendo. Ahí quedó el cuarto intento de tener una casa.

Nos fuimos y llegamos a Guerima, Vichada, donde mi mamá conocía a un comandante. Le contamos nuestra historia al comandante y él dijo lo mismo

que el primer miliciano con el que hablé, que si me portaba bien y trabajaba a él no le importaba que yo fuera gay. Con el tiempo eso se puso muy caliente porque entró el Ejército y empezaron los combates. Eso es como una película de acción en vivo y en directo, balas de todos los lados y sin respetar a la población civil. Luego mi mamá se fue para Planes, en Puerto Gaitán, Meta, con mi hermano para ver si me recibían allá que era zona paramilitar; le dijeron que no había problema desde que me comportara bien, igual que me había dicho la guerrilla en el otro lugar. Ahí viví unos meses y me salí definitivamente del Vichada, estaba trabajando bien y por unos meses todo salió bien, hasta ahorramos con mi mamá para comprar la casa; sin embargo, me dio una recaída muy terrible y después de los exámenes me dejaron en Villavicencio, ya en estado SIDA, no podía volver al pueblo porque no debía estar en ese polvo.

En Villavicencio conocí líderes que me apoyaron de muchas formas, conseguimos un curso básico de corte con el SENA, las condiciones eran difíciles porque solo daban el docente y nos tocaba buscar sitio y material para trabajar; logré certificarme. Ya estoy registrado en el Registro Único de Víctimas, aunque tuve que mandar derecho de petición. Recibí ayudas en julio del 2015 y después en Julio de 2019; se dice que hay ayuda y apoyo a emprendimientos pero para los de la rosca, entonces yo sigo viniendo a todo lo que tenga que ver con víctimas porque sigo con la esperanza de que aparezca un gobierno y diga que ayuda con un proyecto productivo o algo así.

Nosotros ya no dejamos trabajar a mi mamá, pues, aunque no está viejita,

no queremos que trabaje más. Ahora mismo mi trabajo no está muy bien, entonces el que nos mantiene es mi hermano. Actualmente no estoy en tratamiento porque la adherencia al medicamento es fuerte y si me tomo los medicamentos no puedo trabajar; y aunque vivo con mi hermano no puedo ser una carga para él que ya tiene suficiente con todo lo que está pasando. Decidí no hacerme tratamiento y eso implica decirle adiós a la vida social, a la diversión y a cualquier otra cosa.

En realidad no pienso en mi futuro, pues quién sabe, con tantos amigos que se han ido yo espero mi tiempo. No sé cuándo me toque, será de anochecer y no amanecer; por lo menos espero lograr, antes de irme, conseguir la casita, así mi mamá tendrá donde estar sin que nadie la saque...